

Vive, muchacha – Athena

La vida universitaria, según todos sus compañeros de clase, y también adultos, era diferente. Era un lugar al que la gente acudía por el mero placer de atender, de aprender, de impregnarse con conocimiento. Los años universitarios, junto a las fiestas y a las relaciones sociales que conllevaban, eran, según todo el mundo con quien hablaba, mágicos.

Carolina, a pesar de todas las recomendaciones, no sabía qué carrera escoger. La universidad a la que quería acceder celebraba un aniversario el curso en el que ella ingresaría, y el ambiente era festivo y agradable. Finalmente se decidió por Filosofía; la búsqueda del conocimiento y la verdad siempre le habían resultado interesantes.

Pensó que sus compañeros compartirían dicha afición y, aunque hizo un buen número de amigos, no llegó a encajar con ellos del todo. Su visión sobre la vida era más amplia y profunda de lo que la mayoría de los muchachos de dieciocho años conciben.

Carolina no se consideraba especial, pero no entendía por qué sus profesores se limitaban a recitar textos y a abandonar las clases con la mayor prisa posible. Ella quería entender extensivamente a Sócrates, a Platón, a Hobbes, a Kant. Necesitaba que las diferentes ideas y obras convergiesen entre ellas, guiándola hacia la verdad del universo.

Poco tiempo después de ingresar en la universidad se dio cuenta de que era un ideal inalcanzable. Se dedicó a asistir a clase y a preguntar alguna que otra vez, cuando la explicación se tornaba demasiado vaga. Pero la mayoría de los profesores parecían irritados por sus preguntas, y con el tiempo empezó a dejar de formularlas.

Pasaron el primer y el segundo curso, y Carolina cada vez se distanciaba más de sus amigos. Rechazaba las propuestas sociales y se encerraba en sí misma cada vez más.

Sólo quiero entender las cosas se decía a sí misma mientras se tumbaba en la cama a mirar el techo, en la oscuridad de su habitación.

Cuando comenzó el tercer curso, el corazón de Carolina ya no albergaba demasiada esperanza sobre la universidad, y a veces faltaba a clase para quedarse en la biblioteca hojeando un libro que le llamase la atención, o para dar un paseo por el parque del campus, llenando sus pulmones de aire fresco.

Hubo una asignatura, sin embargo, que llamó su atención. Metafísica. El profesor que la impartía era amable, y su barba grisácea le daba un toque bastante tierno. Se ajustaba las gafas redondas, de patas metálicas, con una automatización digna del paso de los años. Carolina descubrió que se llamaba Antonio, y desde el primer día acudió a todas las clases.

Era un concepto tan abstracto, tan diferente a todo lo que los otros profesores le habían enseñado, que no pudo sentirse atraída hacia la materia, como un cuerpo celeste que orbita en el espacio. El atisbo de esperanza de llegar a comprender los fundamentos de la realidad la extasiaba.

Las explicaciones de Antonio iban más allá de lo físico, de lo real. Le resultaba difícil entender algunos conceptos, pero eso la motivaba más. Algunos de sus compañeros se aburrían con facilidad; otros, mostraban el mismo interés que ella.

Un día decidió quedarse tras la clase, pues era última hora. Se acercó con timidez al profesor y le explicó lo mucho que habían significado para ella aquellas lecciones. Él, levantando la vista de un montón de papeles, esbozó una sonrisa tímida.

- Mi asignatura no suele gustar mucho. Es un poco compleja, ¿no crees? –y le guiñó un ojo a través del círculo de cristal– Algunos dicen que ni siquiera existe.

Carolina le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza.

- Es muy abstracta, pero siento que es una de las pocas materias de la carrera que me acerca a lo que quiero.
- ¿Y qué es lo que quieres? –preguntó él, con curiosidad.
- La verdad –se limitó a responder ella.
- Esa es una respuesta demasiado vaga.
- Igual que la metafísica.

Permanecieron en silencio unos momentos, ambos cómplices, sabiendo que se entendían el uno al otro.

- Quiero conocer la realidad de las cosas –continuó ella.
- Hay algunas cosas que no se pueden conocer.

La respuesta molestó un poco a la estudiante, que se mordió el labio inferior para no responder de mala manera.

- Quiero acercarme todo lo que pueda. Sé que no es realista, y seguramente acabe dando clase a muchas personas que sólo querrán que me calle...

Ante este comentario, Antonio dejó escapar una escueta carcajada, como si hubiese descrito a la perfección su situación docente.

- Pero quiero algo más, ¿sabe?

El catedrático asintió con la cabeza, con aire pensativo.

- La universidad es un buen lugar para conocer a gente, y aprender un poco de aquello que te interesa. Pero eso que tú buscas no está aquí. Tendrás que encontrarlo en otro lugar.
- ¿Dónde? –preguntó Carolina, con angustia.

- En los libros. En la bibliografía que se propone en clase. En los demás. Dentro de ti. Pero aquí en la universidad todos tenemos otras cosas en las que pensar. ¿Sales mucho?

Carolina se ruborizó ante la pregunta, no queriendo parecer una persona extraña.

- Pues deberías hacerlo –continuó él, adivinando su respuesta–. Tienes toda la vida por delante para acercarte a eso que buscas con tanta desesperación. Pero desaprovechar estos años para aprender de tus iguales, de otras personas con ambiciones e inquietudes, aunque no sean las mismas que las tuyas, sería una lástima. Hazme caso, que tengo ya sesenta años.

Carolina sopesó las palabras del profesor, dejándose llevar por sus pensamientos hacia los últimos meses, cuando había renegado una y otra vez de su vida social.

- No te digo que abandones esa búsqueda; pocos estudiantes me he encontrado con esa curiosidad que tú tienes. Pero para conocer la verdad, para entender la realidad, también hace falta vivir. Vive, muchacha. Aprende de los libros, sí. Pero aprende también de los demás y de ti misma. Este es sólo el consejo de una persona que ha vivido ya demasiados años.

Y tras ese pequeño discurso, cuando sus miradas se cruzaron, Carolina entendió que aquel hombre le había dado el consejo más importante de su vida.